

De cómo los lobos se quisieron comer a María

Rondaba el año 1921, Heraclio, mayoral de ganado, junto con su esposa Daniela y sus hijos Juliana, Pascual y María llevaban un año en un majada junto al hervidero de Villafranca, al pie de la sierra de Ballesteros.

Pascual, mozo ya metido en quintas ayudaba a su padre con las ovejas, Juliana, de 15 años y María, de 9, ayudaban a su madre, no habiendo más diversión por aquellos lares, que las visitas que las mocitas hacían, de cuando en cuando, al pueblo con el fin de proveer la despensa y de mercar algún retal e hilos para hacerse algún vestidillo.

También tenían dos vecinos; Matías, el labrador; con su familia, y un poco más retirados, a más de un kilómetro, estaba el guarda de la finca de los Comodines y su familia, una de sus hijas, Benilde, enseñaba a bordar a María.

Cada vez que María quería bordar con Benilde tenía que recorrer, almohadilla a la cadera, un largo trecho paralelo al arroyo del Tamujar, que en aquella época no dejaba de correr en todo el año, habiendo en sus márgenes gran profusión de carrizos y juncos.

Una tarde, ya de regreso a la majada, María vio acercarse tres perros grandes. Al principio no se les hizo mucho caso, porque aunque joven, era atrevida y estaba acostumbrada a tratar con los grandes mastines de la majada, así que siguió andando.

Al principio fue el recelo y luego el miedo los que empezaron a adueñarse de ella al ver que los perros, desde unos veinte ó treinta pasos, le enseñaban los dientes, caracoleaban e intentaban cortarle el paso desviándola hacia la maleza del arroyo.

Un estallido de pánico le hizo soltar la almohadilla y gritando echó a correr de vuelta a la casa de su amiga.

Los lobos, al principio, estaban recelosos de atacar a la niña puesto que el olor a humano les asusta y ahuyenta, pero al verla en huida el instinto predador pudo más y se lanzaron tras ella sin prisas, recreándose en la facilidad de aquella presa.

El padre de Benilde, solía estar pendiente de la vuelta de María y desde un alto cercano a su casa vigilaba el regreso de esta hasta las proximidades de la majada donde siempre estaban los careas y mastines de Heraclio.

En cuanto vio surgir aquellas tres sombras del arroyo en pos de María supo lo que había, cogió la escopeta, que siempre estaba a su vera, y echó a correr angustiado dando grandes voces y disparando al aire.

Los lobos corrían junto a la niña, y uno se disponía a morderla con sus poderosas fauces cuando un sonido fuerte y seco le hizo cambiar de idea, al poco, su agudo oído le informó de que un humano adulto estaba aullando irritado y

enseguida a su fino olfato le llegó el olor picante que desprenden las mortíferas cañas de los humanos.

Cuando el guarda llegó la niña rompió a llorar, sabiendo, a pesar de sus pocos años, el peligro que acababa de correr. El hombre tranquilizó a la niña y la acompañó a su casa donde explicó lo ocurrido y María en compañía de sus padres quedó más sosegada. Al poco rato, Heraclio, su hijo Pascual y Manuel, así se llamaba el guarda, salieron con las armas con dirección al arroyo.

Con la llegada del sonido de disparos y el olor a pólvora la vieja loba adivinó el peligro que se acercaba y dejando a la niña se internó rápidamente entre los carrizos del riachuelo seguida del viejo macho y de un lobo joven que solían seguir los dictados de la astuta loba.

Siguieron arroyo arriba y pasado un kilómetro cambiaron de dirección y se subieron al monte, desde allí, pudieron ver como tres hombres acompañados de sus perros rastreaban entre los juncos del riachuelo cuando ya la tarde empezaba a declinar.

El tibio sol primaveral del mediodía acariciaba el cuerpo de la vieja loba, a su lado los dos machos dormitaban entre las muñidas cañas del verde trigal. Desde antes de amanecer habían estado cazando conejos en el monte lindante y ahora descansaban de la cacería.

Cuando la loba escuchó los primeros ladridos supo que los perros estaban cerca, ni ella ni sus compañeros se habían percatado del peligro con la placentera siesta, así que empezaron a correr en dirección contraria a los ladridos. Iban agachados para no ser vistos por encima del trigo, de esta forma habían burlado a sus enemigos en otras ocasiones.

En medio de la fuga la loba miró fugazmente por encima de las espigas para ver a sus espaldas dos hombres a caballo uniformados de verde oscuro y gorro negro, a su lado iban otros hombres corriendo a pie con los perros.

Cuando salieron del inmenso trigal la loba intuyó algo extraño, pero viendo lo que les venía detrás no quedaba sino volar.

El primer silbido levantó una pequeña nube de polvo a su lado, el siguiente hizo crujir los huesos del joven macho, el tercero destrozó la cabeza del macho cano, con el cuarto la loba dejó de contar.

Luis Reina Mercado Abril 08

Lo escrito previamente, pretende ser una transcripción, de los relatos narrados por Juliana Reina Pérez durante una calurosa mañana de agosto de 1998. Contaba en esta fecha con 92 años de edad, y - aun teniendo los achaques propios de la edad- conservaba una memoria prodigiosa, una riqueza narrativa propia de otras épocas, cuando el saber contar una cuento o narrar un suceso acaecido era una cualidad muy apreciada, tenía también una precisión con el lenguaje que, puestos a comparar, avergonzaría a muchos universitarios.

Juliana nació en 1906 y es hermana de María y Pascual, sus padres, naturales de Carrión de Cva. fueron Heraclio Reina Expósito y Daniela Pérez Sánchez.

Sus abuelos paternos fueron Ángel de la Reyna Expósito y Basilia Expósito.

Manantiales de Villafranca, hervideros de agua situados a unos tres kilómetros al oeste de Ballesteros y a uno o dos kilómetros de la carretera que une esta localidad con Ciudad Real y Aldea del Rey. Se encuentra a medio kilómetro del arroyo del Tamujar, que aun hoy sigue corriendo gran parte del año. Mapa del servicio geográfico del ejército del año 1968 con coordenadas X de 43-00 e Y de 4-2. Término de Pozuelo de Cva.

Subiendo de los manantiales hacia el monte, a un centenar de metros, hay una majada. Dicha zona debió de ser asentamiento humano desde, al menos, la edad del bronce, puesto que en sus alrededores se encuentran restos de cerámicas, hachas de piedra, puntas de flecha de sílex, etc. También se encuentra terra sigillata y monedas romanas, pasando ya a restos más modernos, todo ello encontrado por el que suscribe en compañía de varios amigos. Monte arriba existen grandes represas de piedra, pies de cabaña, también de piedra, todo ello de épocas que no podemos determinar.

Estos lugares, poco frecuentados, salvo por cazadores y esparragueros de la localidad, eran conocidos por mi y por Yolanda mucho antes de escuchar la historias de mi tía Juliana.

